

Et avemos mester viandas. El avituallamiento de los sitiadores de Algeciras entre 1342 y 1344

Manuel López Fernández/ IECG

RESUMEN

Las cuestiones relacionadas con el aprovisionamiento de los ejércitos han sido poco tratadas fuera de los ámbitos militares, a pesar de que la logística está íntimamente relacionada con la economía, la administración y la historia del transporte. Por añadidura, y debido a la mecanización, se desconoce con carácter general la servidumbre de los animales que, en número elevado, componían los ejércitos medievales. Por estas razones, comenzamos el trabajo con una serie de datos relativos a las necesidades vitales de hombres y animales, antes de abordar las dificultades logísticas que supuso el cerco de Algeciras para el rey Alfonso XI de Castilla a lo largo de los veinte meses que duró el asedio.

Palabras clave: Algeciras, Jerez, Sevilla, Castilla, Aragón.

ABSTRACT

Issues related to the supply of armies have been little discussed outside the military, although the logistics are closely related to the economy, administration and transport history. In addition, and due to mechanization, the servitude of animals that, in large numbers, made up the medieval armies is generally unknown. For the reasons we began the work with a series of data relating to the vital needs of men and animals, before addressing the logistical difficulties involved in the siege of Algeciras for King Alfonso XI of Castile throughout the twenty months that the siege lasted.

Key words: Algeciras, Jerez, Sevilla, Castilla, Aragón.

1. INTRODUCCIÓN

Aproximándonos a una definición ya clásica (Clausewitz, 1980: 43), diremos que la guerra es la continuación de la política utilizando otros medios distintos y entre los que destaca la fuerza; la guerra, por tanto, se traduce en un pulso armado entre distintos poderes en el que van a entrar en juego factores muy variados y complejos, siendo imposible profundizar en ellos en esta ocasión debido a las razones de espacio que nos limitan. No obstante, al tratarse aquí del cerco castellano a la Algeciras musulmana en los años centrales del siglo XIV, debemos dedicar unas líneas a resaltar la importancia de todo aquello que pueda estar relacionado con el

aspecto logístico y, más concretamente, con el aprovisionamiento a sitiadores y sitiados.

En la pugna establecida entre unos y otros en el cerco a Algeciras, entre 1342 y 1344, resultó de fundamental importancia la presencia de las fortificaciones interpuestas entre los contendientes —amurallamientos y cavas en este caso— y también tuvieron su importancia las capacidades ofensivas y defensivas de las armas y equipos empleados por los rivales con el fin de entorpecer las acciones del contrario. Pero no menos trascendental que los anteriores aspectos, aunque lo abordemos en último lugar, resultó la cuestión relacionada con los asuntos logísticos en general,¹ y más concretamente con

¹ Sobre cuestiones logísticas en la Edad Media recomendamos la lectura de Bachrach (2017: capítulo IV). Los autores consideran que la logística es el nexo de unión entre la economía, la hacienda y la administración de un reino, con la historia militar del mismo. Sin embargo, en España no se ha prestado la suficiente atención a este enfoque hasta tiempos muy recientes.

el abastecimiento de las fuerzas combatientes. Al hilo de esto último, no dejaremos de señalar que el abastecimiento de los ejércitos ha constituido un problema de la mayor importancia desde los tiempos más remotos, porque no se puede iniciar una operación militar, sea del tipo que sea, sin tener en cuenta el abastecimiento de las fuerzas que han de intervenir en dicha operación y a lo largo de la misma. Ahora bien, el abastecimiento de los ejércitos es un campo muy amplio y diverso por abarcar la obtención, recepción, almacenamiento y distribución de todo tipo de recursos (Estado Mayor del Ejército, 1980: 212); debido precisamente a la amplitud de esta última definición, hemos de precisar que aquí nos ceñiremos exclusivamente a lo tocante al abastecimiento de comida para hombres y animales —avitallamiento—, porque ampliarlo al campo de los efectivos, del armamento y demás pertrechos, desbordaría ampliamente el espacio reservado para este artículo.

Por tal razón, hemos querido tratar solamente del avituallamiento de los sitiadores, dejando para otra ocasión lo referente a los sitiados —unas treinta mil personas en el momento inicial del cerco, según indica la *Crónica de Alfonso XI* (1953: 298)— sin dejar de resaltar, precisamente en este momento, la importancia que tenía para los sitiadores dificultar el avituallamiento de los sitiados algecireños en el verano de 1342; en este sentido, debemos señalar que el rey de Castilla eligió como primer lugar de asentamiento para su ejército el espacio que se situaba entre la torre de Adalides y el mar, con la clara intención de evitar el aprovisionamiento por tierra de la plaza que intentaba sitiar, porque estando allí la hueste, en opinión del cronista, “...non podían aver los de la ciubdat viandas de tierras de moros...” (*Crónica*, 1953: 344); lógicamente, ese intento de bloqueo terrestre lo había de prolongar la flota en las aguas que rodean Algeciras, pero, por lo que sabemos, su labor fue menos eficaz que la realizada por el ejército en tierra firme. Por mar no se pudo realizar un bloqueo eficaz hasta principios del año 1344. Hasta entonces los marineros musulmanes, con base en Gibraltar, aprovechaban la oscuridad de la noche para pasar vituallas y pertrechos a los sitiados.

Dada la garantía que en tiempos medievales

ofrecían las fortificaciones para los sitiados —y esto resultó indiscutible en el caso de Algeciras, donde los sitiadores no fueron capaces de romper las defensas y el cerco se prolongó casi veinte meses—, para los sitiadores de una plaza era fundamental que en la misma no entraran víveres procedentes del exterior porque el tiempo que tardaran los sitiados en agotar las provisiones almacenadas jugaba en contra de aquellos; ocurría de este modo porque las condiciones de los sitiadores solía ser muy precaria y corrían el peligro de ser afectados por las enfermedades infecciosas que se originaban en sus campamentos, por el agotamiento de las propias reservas si se producía un corte en las líneas de abastecimiento de los sitiadores, o bien por la llegada de un ejército de auxilio a los sitiados que los obligara a levantar el cerco ya establecido. En lo referente al cerco castellano a la plaza de Algeciras en la ocasión que nos ocupa, los sitiadores solo se vieron afectados por la presencia de un ejército de auxilio que llegó a Gibraltar en julio de 1343 —casi un año después de que se iniciara el cerco—, pero las fuentes no registran conato de enfermedades infecciosas graves entre los sitiadores, ni se cortaron tampoco sus líneas de abastecimiento a pesar de las circunstancias adversas que algunas veces se vivió en relación con el aprovisionamiento de las fuerzas sitiadoras.

Conocer la cuantificación de estas fuerzas resulta fundamental para hacernos una idea de la magnitud de la empresa que nos incumbe ahora, pero resulta muy difícil obtener datos fidedignos porque solo contamos con los que nos proporciona la *Crónica*, y estos, realmente, no resultan muy precisos. En esta misma dirección apunta Arias Guillén (2012: 146-147), quien señala que un ejército de quince mil hombres, siendo de a caballo la tercera parte de ellos, era el máximo que un dirigente medieval era capaz de reunir. En nuestra opinión, y respecto al cerco de Algeciras, consideramos que estas últimas cifras están un poco alejadas del número de hombres que reunió Alfonso XI, ni contando con la tripulación de la flota. El cronista, a pesar de su detallismo, solo hace alusión a los 2 600 hombres de a caballo y 4 000 de a pie que acompañaban al rey en los primeros momentos del cerco (*Crónica*, 1953: 343), sin mencionar para nada a

los efectivos de la flota (López Fernández, 2009: 57-68);² en esta línea, tampoco se hace eco del incremento del número de hombres que van llegando a lo largo de los meses del otoño de 1342, ni en los primeros meses de 1343 cuando se incorporan al cerco la mayoría de los concejos que intervinieron en el cerco. Por lo que explica la *Crónica*, en lo que se refiere al número de sitiadores presentes, consideramos que el punto álgido del cerco fue en el verano de 1343. A lo largo del otoño siguiente se produjo un descenso de efectivos castellanos frente a Algeciras porque el tiempo de servicio de estos concejos era temporal y muchos regresaron a sus bases. A pesar de estas oscilaciones —y con excepción del momento inicial del cerco, en el que resultó exiguo el número de sitiadores para iniciar en forma el cerco a la ciudad— creemos que en la mayor parte de los veinte meses que se prolongó el mismo, el número de hombres a caballo no bajó nunca de los 3000 —lo que supone una presencia de unos 6000 animales—³ ni que el de los peones descendiera de esta última cifra; lo anterior se refiere exclusivamente a las fuerzas de tierra porque de la flota no tenemos datos fiables (López, 2009: 57-68). De todas formas, estamos con Antonio Torremocha (1994: 197) cuando señala que en el cerco algecireño pudieron intervenir más de 15 000 hombres incluyendo el personal de tierra y de la flota, aunque se hace necesario precisar que este número se pudo alcanzar solamente en el verano de 1343.

Después de esta aproximación al número de seres vivos que pudo participar en el cerco a Algeciras, hemos de tratar de las necesidades alimenticias de hombres y animales. En tal sentido, por lo que se refiere a las de los seres humanos, hemos de señalar que son prácticamente conocidas por todos, lo que viene a justificar que no entremos en detalles sobre las mismas, aparte de señalar que con poco más

de dos kilogramos de comida y tres litros de agua se tienen cubiertas las necesidades diarias de alimentos para un hombre (Bachrach, 2017: 156-160). Muy al contrario, como la servidumbre alimenticia de los equinos nos resulta menos conocida, nos parece necesario anticipar ciertos datos con la exclusiva finalidad de que los lectores puedan acercarse en lo posible a valorar la importancia del avituallamiento de un ejército de tales proporciones, en el que destaca el número de caballos.

Con respecto a estos, comencemos diciendo que tienen un estómago relativamente pequeño y un tramo intestinal muy largo, características biológicas a tener en cuenta si queremos que estos animales se mantengan en condiciones para exigirles el esfuerzo requerido para el combate. Sin entrar en más profundidades, un caballo de guerra podía pesar diez veces más que un hombre, de modo que su ración de comida y agua diaria se podía equiparar a la de diez hombres (Clausewitz, 1980: 349), es decir, que puede beber unos treinta litros de agua al día y comer más de veinte kilos de alimento sólido.

Cuando el número de hombres y caballos se multiplica por miles, como es el caso que nos afecta en esta ocasión, el transporte de tanto alimento desde la retaguardia resulta un serio problema. Mucho más lo sería si tenemos en cuenta que más de la mitad de los alimentos de la dieta alimenticia de los caballos ha de ser en forma de hierba, forraje, paja o heno, con el fin de que la fibra aportada por estos vegetales facilite el tránsito intestinal de los cereales —generalmente avena y cebada— ingeridos por el animal. Como el volumen de estos vegetales —ya sea fresco o seco— resulta unas ocho veces superior al del grano (*Diccionario de artes...*, 1856: 460), no se transportaba generalmente, sino que se dejaba a los caballos pastar sobre el terreno para cubrir así sus necesidades alimenticias, pero con la

2 La flota empleada para bloquear Algeciras fue muy irregular a lo largo del cerco. Se incrementaba fuertemente en los meses de primavera y verano, pero disminuía en otoño e invierno. De manera resumida diremos que Aragón aportó diez galeras la mayor parte del tiempo, para luego pasar a cinco. Las que puso el reino de Castilla resultan imposible de contabilizar con precisión; solo sabemos que en el verano de 1343 había 50 galeras y 40 naos frente a Algeciras.

3 En tiempos medievales lo normal era que cada caballero llevara dos caballos. Si esto no fue así en algunos de los casos, el número de animales no bajó de la cifra indicada porque aquí no hemos incluido el de los semovientes que tiraban de las carretas.

exigencia de buscar lugares de nuevos pastos o traer hierba segada de donde la hubiera; de esta última circunstancia surge la necesidad de los llamados “forrajeadores” y “herberos” en los ejércitos medievales, equipos de hombres dotados con guadañas y carretas, quienes, por otra parte, necesitaban el apoyo armado de otros que los protegieran mientras realizaban las funciones propias de su empleo.⁴

De esa necesidad acuciante de hierba para el ganado, especialmente cuando se agotaban los campos donde se cortaba, nacían muchos problemas para los sitiadores al tener que ampliar el radio de acción de sus “herberos” y la consiguiente dificultad de aprovisionamiento. Al problema anterior había que sumarle también los que surgían a la hora de eliminar la orina y excrementos de animales y seres humanos, al ser estos últimos la causa de muchas enfermedades en los campamentos, circunstancias que podían terminar con el fracaso del cerco. Por estas razones, antes de emprender una campaña y con el fin de que la misma terminara de manera exitosa, debían los jefes militares tener muy en cuenta todos los factores logísticos que pudieran afectarle. Si esta máxima resultaba válida para cualquier tipo de operación, mucho más lo era en el caso de un cerco a una ciudad como Algeciras.

2. LA SUPERACIÓN DE UN INICIO PRECIPITADO

Sin embargo, a tenor de lo que señalan las fuentes castellanas, parece suficientemente claro que la decisión de iniciar el cerco que tratamos se llevó a cabo sin un planteamiento previo, aprovechando

la ventaja que los castellanos habían alcanzado en el mar después de las batallas navales de Bullones, Guadalmesí y Estepona (López Fernández, 2010: 31-38 y 2018: 63-84). Con el fin de visitar a su victoriosa flota —a la que se sumó en aquellos días la proveniente del reino de Aragón— el rey Alfonso XI se desplazó desde Jerez a la ensenada de Getares, a finales del mes de junio de 1342, pero no traía en mente iniciar por entonces el cerco de Algeciras, aunque lo estuviese pensando desde algún tiempo atrás.⁵

Según leemos en su *Crónica*, estando el rey de Castilla en Getares decidió realizar un reconocimiento de la ciudad desde el mar, observando los muchos recursos naturales de que gozaba la misma, entre los que vamos a destacar ahora la abundante capacidad de molienda existente en Algeciras,⁶ población que contaba por entonces con unos treinta mil habitantes.⁷ Dejando sentado que este aspecto de la molienda de granos lo traemos a colación por la relación que hubo de tener con el avituallamiento de los sitiadores, añadiremos ahora que a la positiva información obtenida por el monarca se sumaron los comentarios del almirante Bocanegra en relación con la escasez de trigo existente en Algeciras en aquellos momentos,⁸ motivo por el que Alfonso XI se inclinó abiertamente a poner cerco a la ciudad en aquellos días con las fuerzas que allí tenía. Pero sus consejeros no pensaron igual que el monarca y le convencieron para que volviera a Jerez por más gente y por más “viandas et de las otras cosas que oviese menester”.

Después de sopesar la situación, don Alfonso y su hueste volvieron a Jerez; aquí, después de otra reunión con la totalidad de sus consejeros,

4 Como muestra de la importancia de su función en el cerco de Sevilla en 1248, parece necesario indicar que todavía existe en el término municipal de Dos Hermanas, cerca del curso del Guadalquivir, una torre llamada de Los Herberos.

5 De hecho, cuando solicitó que se le concediera la alcabala en el invierno de 1342, argumentó que su intención era sitiar Algeciras, pero eso no quiere decir que estuviese francamente decidido a iniciar el cerco en los meses del verano siguiente. Como hemos dicho, la victoria naval de Guadalmesí resultó decisiva para que el rey se inclinara a cercar Algeciras.

6 Aunque sobre este asunto seguiremos hablando, la definición que de Algeciras hace el cronista es la que sigue: “...que era mucho bien asentada, et en muy buen puerto de mar, y que había muy buenas aguas dulces, et grandes labranzas de pan, et muchas viñas en huertas, et muchos regadíos et molienda asaz”.

7 Esta cuantía es la que proporcionan unos prisioneros de los castellanos (*Crónica*, 1953: 344).

8 El almirante había recibido esta información de sus espías. La falta de pan era consecuencia de las derrotas navales sufridas recientemente por la flota benimerí, tanto en Guadalmesí como frente a Estepona (*Crónica*, 1953: 342).

tomó la decisión de asentar frente a Algeciras con el personal que pudiera reunir en Jerez hasta la festividad de Santiago, mientras llegaban los ricoshombres y los concejos de Castilla, a los cuales se les envió aviso desde allí mismo. Tomada esta decisión, el paso siguiente fue dotar de provisiones a las fuerzas que estaban entonces en el mismo Jerez, pero como aquí no había lo suficiente para proveer al contingente —hombres y animales—, enviaron emisarios a Córdoba y Sevilla para comprar trigo y cebada; en esta operación llegó a implicarse el rey en persona, no dudando en desplazarse en barco hasta Sevilla para agilizar la situación (*Crónica*, 1953: 342).

En esta ciudad se decidió que la manera más eficaz de hacer llegar la “farina et cebada et las otras cosas que avian menester” hasta Algeciras era por mar,⁹ pero sabiendo el rey que el cerco se alargaría más allá del siguiente invierno y que había de llegar la gente de armas que había llamado, ordenó que se mejoraran los caminos que unían Jerez con Algeciras, razón por la que se hizo un puente de barcas sobre el río Guadalete y otro de mampostería en el río Barbate, en las proximidades del actual Vejer de la Frontera. Estos puentes no solo servirían para facilitar el tránsito del personal y animales, sino el de las viandas que se enviaran por tierra cuando el estado de la mar así lo exigiera. Aparte de que el transporte con recuas tenía que ser más costoso y menos rápido que el que se hacía con medios navales, lo llamativo de este caso para nosotros es que el rey escoge para el transporte de provisiones un itinerario más pegado a la costa que el que normalmente utilizaba en sus desplazamientos entre Jerez y Tarifa desde octubre de 1340, con ocasión de la batalla del Salado.¹⁰ El camino preferido en esta ocasión —más largo—, después de pasar por las cercanías de Medina Sidonia, buscaba la proximidad de la costa y daba

preferencia a la seguridad de lo transportado por las recuas, en vez de arriesgarse a llevarlas por otro camino más corto, pero más peligroso —en el tramo entre Medina y Facinas— debido a la proximidad de este tramo a terreno desde el que podía recibir algún ataque enemigo.

Mientras el rey gestionaba lo anterior, fue llegando más gente a Jerez¹¹ y el día 25 de julio, festividad de Santiago —para nosotros no exenta de simbolismo—, salió con la hueste de Jerez para llegar unos días más tarde a Tarifa. Después de descansar aquí dos noches, la hueste emprendió la marcha hacia Algeciras alcanzando el puerto del Bujeo aquella noche, teniendo a espaldas el Guadalmequí para garantizarse la aguada de su hueste. Dadas estas circunstancias, y considerando que solo anduvieron unos quince kilómetros a lo largo del día, debemos suponer que el mal estado de los caminos no permitía avanzar con más rapidez las cargadas carretas con la impedimenta. El día primero de agosto llegó la hueste al surgidero de Getares y, al siguiente día (ACA, 1342), el rey moviliza sus fuerzas dirigiéndose los de tierra a las proximidades del cabezo donde se ubicaba la torre de Adalides (*Crónica*, 1953: 343), mientras los hombres de mar tomaron posiciones en la costa inmediata, de manera que pudieran ayudarse unos y otros en caso de necesidad (*Crónica*, 1953: 343). De esta manera no solo se trató de cortar el abastecimiento que pudiera llegarle de fuera a los de Algeciras, sino que en el desplazamiento entre Getares y Adalides las fuerzas de tierra se hicieron con los molinos más cercanos a la ciudad, caso de los molinos del río de la Miel o el más alejado del curso de agua que hoy se conoce como Garganta del Capitán.

Una vez asentados los campamentos y ordenada la hueste y la flota, se preocupa el rey del asunto relacionado con el avituallamiento que necesitaba

9 Esto se describe con claridad en *Crónica*, p. 373, al relatarse las incidencias ocurridas para solventar la crisis vivida en el real en septiembre de 1343. Por lo que se dice en nuestra fuente, en Sevilla se embarcaban las provisiones disponibles en Sevilla y las que llegan de Córdoba.

10 El camino que se siguió en esta ocasión —batalla del Salado— fue el que pasaba por las inmediaciones de Medina y continuaba luego por las cercanías de Benalup, para cruzar posteriormente los ríos Barbate, Celemín y Almodóvar.

11 Eran caballeros de Castilla y de León (*Crónica*, 1953: 342). En el alarde que mandó hacer el rey en el puerto del Bujeo, el día 31 de julio, encontró que llevaba cien caballeros y mil peones más de los que le habían acompañado a Getares en los días finales de junio.

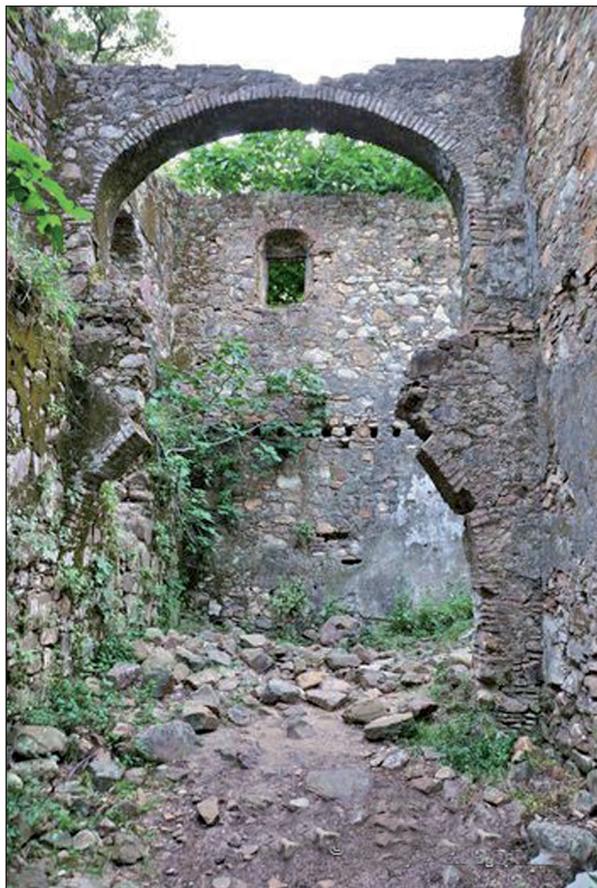


Lámina 1. La existencia de importantes infraestructuras molineras en el río de la Miel está documentada ya en 1326. Por tal razón no es extraño que el ejército castellano se hiciera con ellas en los primeros compases del cerco para utilizarlas en su beneficio. Fotografía de Manuel López

su propio ejército, y para ello escribe a los reyes de Portugal y de Aragón pidiendo ayuda en tal sentido. De la petición de ayuda al rey de Portugal no tenemos constancia documental, pero hubo de escribirle solicitando el envío de vituallas porque, más adelante, ya en el mes de noviembre, el cronista se hace eco de que apenas habían llegado provisiones de Portugal, excepto vino y frutas, circunstancia que extrañaba a todos por las buenas relaciones existentes entonces entre Portugal y Castilla (*Crónica*, 1953: 350).

El caso de Aragón es bien distinto porque en el Archivo de la Corona de Aragón se guarda la carta de Alfonso XI a Pedro IV, escrita el día 15

de agosto, en la que viene a exponerle que había decidido poner cerco a Algeciras porque:

... es el mejor lugar que a el rey de benamerin aquende et es el mas cierto puerto que el aca a. Et mas cierto para aver la su pasada e de que mucho danno viene e puede venir a la christiandad. Et llegamos a esta dicha villa con nuestra ueste dos dias andado deste mes de agosto. Et avemos mester viandas de toda [clase] para estos que están aquí [roto] en la ueste (ACA, 1342).

Y termina el rey su carta informando al de Aragón que, para hablar del asunto, le enviaba al religioso Pedro González, tesorero de la iglesia de Cartagena, quien por ser clérigo real es muy posible que acompañara al rey en Algeciras en aquellos momentos, al igual que también cabe la posibilidad de que utilizara la vía marítima para desplazarse del real castellano hasta el reino de Aragón.

En estos compases iniciales, como el camino a Tarifa había quedado desguarnecido y por el mismo seguía transitando gente, los algecireños intentaron cortar esta vía de comunicación en respuesta a la acción de los castellanos de cortarles sus comunicaciones por tierra con Gibraltar. Pronto puso el rey de Castilla solución al problema adelantando efectivos a las alturas que dominaban y protegían el camino de Tarifa, así que por el mismo fueron llegando al real de Algeciras los ricos hombres procedentes del interior del reino castellano. El primero en llegar, a mediados de septiembre, fue Juan Alfonso de Alburquerque al frente de los hombres del infante don Pedro, heredero del trono.¹² Ya en octubre, en medio del temporal de lluvias que azotó Algeciras por entonces, llegaron Juan Núñez, señor de Vizcaya y alférez real, y Pedro Fernández de Castro, mayordomo mayor del rey; aunque ambos vinieron por el camino de Tarifa, el señor de Vizcaya había enviado por mar mucha madera y hombres de a pie (*Crónica*, 1953: 348). También el mes de octubre llegaron don Juan Manuel y el vicealmirante Mateo Mercer, este último con diez galeras pagadas por el reino de Aragón.¹³ Estos grandes señores llegaban al

¹² El infante heredero no estuvo presente en el cerco, muy al contrario que los dos hijos mayores que tuvo el rey con doña Leonor de Guzmán, los infantes don Enrique y don Fadrique.

¹³ La flota de Aragón, compuesta por diez galeras, al mando del almirante Pedro de Moncada se había marchado el

cercos de Algeciras con sus mesnadas propias y, por supuesto, con las provisiones necesarias para alimentarlos a expensas de sus propias casas, ya que el rey les pagaba estipendios anuales para que permanecieran a su servicio (Arias Guillén, 2012: 213-234), además de las donaciones territoriales que recibían por el mismo concepto. Tanto era así, que el mismo cronista hace alusión a tal circunstancia diciendo que, con las lluvias otoñales, perdieron viandas muchos de aquellos señores (*Crónica*, 1953: 348).

Y para finalizar este apartado, señalaremos también que el rey de Portugal mandó por entonces otras diez galeras, pero los marinos de este reino estuvieron poco tiempo en el bloqueo; circunstancia que es aprovechada por el cronista para criticar la escasa ayuda recibida de este reino en la empresa algecireña, incluso en lo tocante al asunto de las provisiones; en este sentido, refiere la *Crónica* que de Portugal solo llegó vino y frutas (*Crónica*, 1953: 348).

De todas formas, en los meses finales de 1342 ya estaba demostrado que el sistema de aprovisionamiento de los sitiadores funcionaba con cierta eficacia apoyándose en el transporte marítimo de mercancías —como demuestra el caso del señor de Vizcaya y posteriormente el del rey de Navarra—, sin quitar que otra parte llegara por tierra, aunque en menor cuantía.

3. LAS DIFICULTADES DE 1343

En esta dinámica se continuó en los meses iniciales del año siguiente, cuando ya se preveía la llegada de los concejos castellanos, obligados a asistir durante tres meses a las campañas promovidas por el rey, según la mayoría de los fueros de la época. Don Alfonso de Castilla, que

hasta entonces había sido incapaz de bloquear por tierra la totalidad de Algeciras, llegó a conseguirlo ya en la primavera con la colaboración de los hombres de sus concejos (*Crónica*, 1953: 348).

Más de medio centenar de concejos de realengo participaron en el cerco de Algeciras,¹⁴ llegando la mayor parte de ellos durante el mes de marzo. Al igual que los grandes señores, los concejos de realengo estaban obligados a servir al rey pagando las provisiones que consumieran de sus propios fondos, ya fuesen compradas aquellas lejos o cerca del real. Ahora bien, para facilitar esas compras de sus vasallos y alcanzar con ello mayor eficacia en el servicio, trataba el monarca de garantizar la llegada de mercaderes al real, ya fuesen del propio reino o de otro vecino, caso de Aragón y Portugal. Otra de las maneras que tenía el monarca de atender a las necesidades alimenticias de su hueste —al tiempo de conseguir una estabilización de los precios—, era almacenar provisiones en los almacenes reales para ponerlas después a la venta si escaseaban por cualquier razón.

Y temiendo lo que pudiera ocurrir con la falta de cereales en el real, o la subida especulativa de sus precios si fallaba el aprovisionamiento del grano desde los lugares de la Frontera, ordenó don Alfonso, ya en el mes de abril, que parte de los efectivos que estaban en Algeciras se desplazaran a Utrera, Carmona, Marchena, Écija y Aguilar para evitar que los granadinos quemaran las cosechas.¹⁵ Estas fuerzas volvieron ya a finales del mes de junio, una vez terminada su misión. Para entonces había enviado el rey a sus tesoreros a Castilla con el fin de que compraran harina y grano fresco en estas tierras donde se había obtenido aquel año mejor cosecha que en tierras andaluzas y los precios estaban más bajos.¹⁶ La harina y granos castellanos llegaron a la cerca

mes de septiembre como consecuencia de la guerra que Aragón inició entonces con Mallorca. En el mes de julio de 1343 llegaron otras diez al mando del vicealmirante Jaime Escrivá.

14 Entre los que llegaron con el rey en agosto, todos ellos de la Frontera, y los que llegaron en marzo, tenemos contabilizados a 51 concejos, pero hubo otros de menor importancia que la *Crónica* menciona como “otros concejos de Castilla et de las Estremaduras de pocas compañías que non quisimos aquí nombrar”. Del reino de Murcia no vino ningún concejo en esta ocasión.

15 Cuando salen a guardar las cosechas, el rey envía cartas a los concejos de la Frontera para que, en caso de peligro, todos colaboren y se unan al pendón del infante heredero, don Pedro, cuyas fuerzas estaban al mando de Juan Alfonso de Alburquerque (*Crónica*, 1953: 358).

16 El precio en Castilla de la fanega de trigo era de dos maravedís y la de cebada de poco más de uno (*Crónica*, 1953: 364).

de Algeciras a través de naves procedentes de puertos de Galicia y el Cantábrico; este sistema de transporte naval fue el que empleo también el rey de Navarra al enviar sus provisiones, harina y cebada, desde los puertos de Guipúzcoa (*Crónica*, 1953: 363).

Según la *Crónica*, el rey “traía de todas partes abundamiento de viandas et demas mercadurias” de manera que valiendo en el real 15 maravedíes la fanega de harina y seis la de cebada, ordenó el rey que la suya propia se almacenara por si en algún momento llegaban a escasear estos productos en el mercado. Así las cosas, en el mes de julio se prendió una choza del campamento y el fuego no tardó en propagarse a consecuencia del fuerte viento que hacía, ardiendo gran parte del real; entre las instalaciones que se quemaron estaban las casas y almacenes que los mercaderes tenían en su calle, las casas del almirante de Castilla y los almacenes del rey. Como también ardieron las casas de los que “posaban en la ribera” hemos de entender que aquel real debía de estar muy cercano al mar, en las proximidades de donde hoy se sitúa la base de la llamada Torre del Almirante (Sáez Rodríguez, 2001: 253-256).

Este grave accidente trastocó la situación de los sitiadores en lo referente al aprovisionamiento porque, ante la falta de reservas alimenticias, la respuesta del mercado fue la subida inmediata de los precios. Tal debió de ser la necesidad de pan para los sitiadores en aquellos momentos, que se vieron abocados a pedir a los marinos del reino de Aragón que les cedieran el bizcocho que traían en sus galeras para consumo propio.¹⁷

Al hilo de todo lo anterior, el incendio del real se produjo en el momento que los sitiadores tenían el máximo de sus efectivos sobre Algeciras, por lo que el accidente resultó un duro revés para los castellanos al quedarse sin reservas de alimentos, especialmente de harina, trigo y cebada, para continuar en sus posiciones frente a la cercada plaza, cuando ya se tenía conocimiento entre los sitiadores de que el rey de Granada acudía en auxilio de los sitiados y se encontraba

en las cercanías del río Guadiaro (*Crónica*, 1953: 362).

En estas circunstancias, se podía pensar que las condiciones para los sitiadores en lo referente a las cuestiones de avituallamiento de la hueste eran realmente peores que las vividas al inicio del cerco; a pesar de todo, el trastorno inicial se hubo de superar de la mejor manera posible porque el cronista no vuelve a tocar el tema del encarecimiento de los precios para los cereales hasta el mes de septiembre. Ya en agosto, tal vez para compensar las secuelas derivadas del incendio del real, aconsejaron al rey de Castilla que trajera ganado prestado de los “extremos”; los animales tuvieron que ser prestados porque el rey andaba corto de dinero entonces, pero sus oficiales consiguieron traer el campamento 5000 vacas y 20 000 ovejas y carneros (*Crónica*, 1953: 368), lo cual palió en cierto modo la crítica situación.

Como hemos anticipado, la falta de provisiones en el real volvió a ser acuciante en el mes de septiembre, pero en esta ocasión los causantes de aquella subida fueron los vientos de Levante y la escasez de granos en las tierras andaluzas. Los vientos de Levante son los que predominan en el Estrecho a lo largo del año, pero en algunas ocasiones se intensifican hasta hacer imposible la navegación a vela por el mismo (*Crónica*, 1953: 373). A esta dificultad se sumaba la de encontrar grano en las ciudades y villas del valle del Guadalquivir, por lo que los precios se dispararon hasta alcanzar la llamativa cifra de 150 maravedíes la fanega de harina¹⁸ y 20 la de cebada. En esta situación, el rey recurrió a proveer el campamento desde sus almacenes en Jerez, Vejer y Tarifa, con la orden de traer de los mismos, y por tierra, “todo el trigo, et cebada, et farina que y fallasen”; una vez en el real de Algeciras, estas provisiones fueron repartidas entre la hueste como adelanto a los sueldos que había de pagar el monarca. Por lo que se lee en la *Crónica*, a los sitiadores castellanos les faltaba pan y sobraba carne por estas fechas.

La regularidad del aprovisionamiento era tan

¹⁷ Cuando el reino de Aragón pasó factura al de Castilla por los gastos ocasionados con motivo del cerco de Algeciras, le cargó 422 libras por el importe de 1 026 quintales de bizcocho (López, 2009: 66).

¹⁸ Generalmente, la *Crónica* da los precios de la harina por arroba, pero en la p. 381 proporciona datos relativos a valor de la fanega y a la relación de volumen entre una y otra.

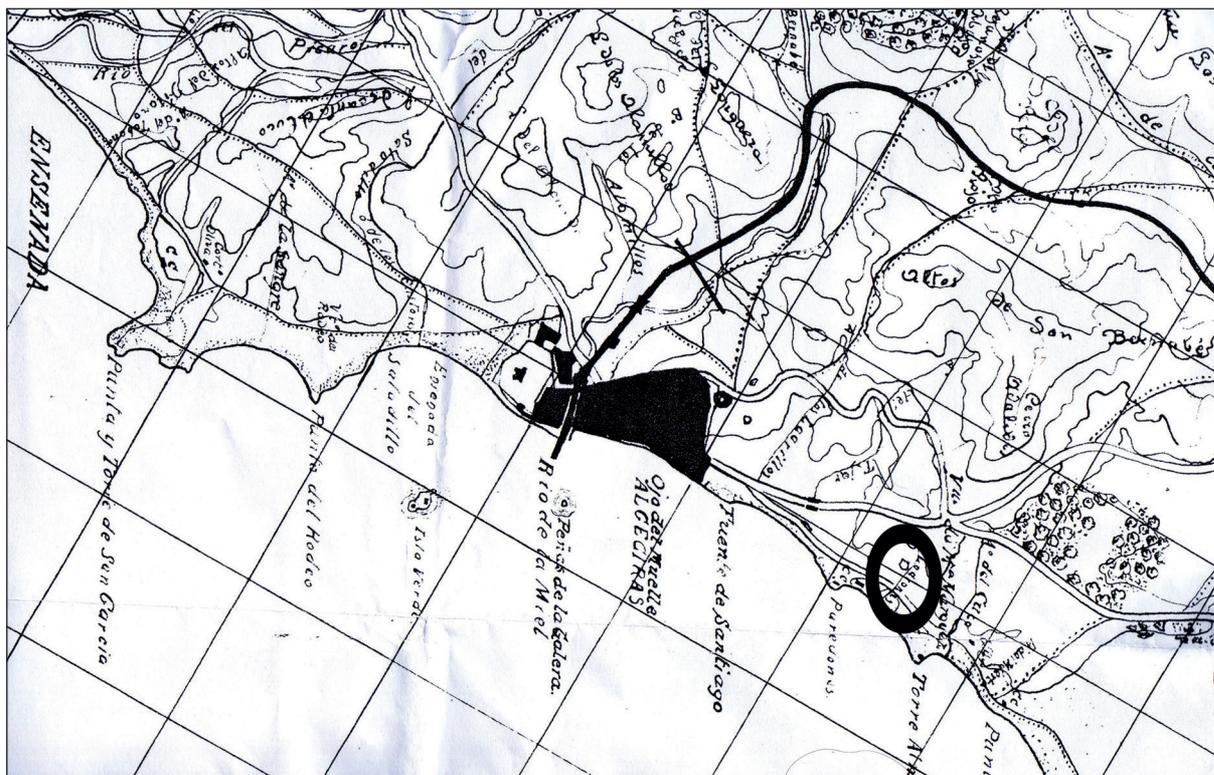


Lámina 2. Sobre un mapa de principios del siglo XX –véase el trazado de la línea férrea– hemos marcado la posible ubicación del real que se incendió en el verano de 1343. Las razones para considerarlo así quedan explicadas en el texto. Croquis de Manuel López

inestable que la carestía de precios vivida en septiembre se reprodujo de nuevo en octubre y se agravó en noviembre (*Crónica*, 1953: 381). La causa del rebrote de octubre fue consecuencia de los falsos rumores difundidos en el real sobre un inmediato acuerdo entre los reyes de Castilla y Granada para que el primero de ellos levantara el cerco a cambio de una compensación económica del segundo (*Crónica*, 1953: 379).¹⁹ El efecto inmediato de aquel bulo fue que gran parte de los que estaban allí, tanto ricoshombres como mercaderes, cortaron la petición de viandas a los centros de aprovisionamiento y los que aquí las tenían preparadas no las enviaron al real. Este doble efecto, previsto por el rey en cierto modo, no evitó que escasearan los alimentos de nuevo en la cerca de Algeciras en el mes de octubre.

Situación a la que vino a sumarse, ya a principios de noviembre, otra temporada de

fuertes vientos de Levante en la zona del Estrecho a lo largo de diecisiete días, espacio de tiempo en el que se agravó la escasez de comida en el real, hasta el punto de que muchos “non comieron pan nin tenían otro mantenimiento si non garbanzos, o de favas, o de figos pasados...”. No había alimentos para los caballos y eran muy pocos los que comían cebada, mientras otros “non avian yerba nin paja”, razón por la que muchos murieron y su carne sirvió para mantener a la gente (*Crónica*, 1953: 379). La solución a esta crisis alimenticia vino esta vez de la mano del reino de Aragón, cuyos mercaderes trajeron cebada y harina de Cerdeña, aunque no en la medida que se necesitaba. De todas formas, el rey procedió a repartir equitativamente en función de la cuantía de los distintos contingentes (*Crónica*, 1953: 379).²⁰

No vuelve a mencionar la *Crónica* los problemas

¹⁹ *Ibidem*, p. 379. Aquí se pueden ver más detalles sobre el intento de llegar a un acuerdo entre las partes, en el mes de septiembre, que después no se llevó a efecto.

²⁰ *Ibidem*; aquí se señala al respecto que el rey procedió al reparto “dando a cada uno segun la compañía que tenia”.



Lámina 3. A lo largo del cerco, el trigo procedente de Castilla llegó a Algeciras por diferentes vías, pero la marítima fue la más utilizada. En un momento concreto, incluso se trajo harina procedente de Cerdeña. Mapa de Manuel López.

de avituallamiento que tuvieron los sitiadores en los meses restantes del cerco, situación que aprovechamos nosotros para preguntarnos por la importancia que pudieran tener en esta ocasión los molinos hidráulicos que existían en algunos de los ríos de Algeciras, especialmente en el río de la Miel, documentados en la Edad Media (Sáez Rodríguez, y Serrano Casas, 2001: 55-79).²¹ Hemos visto que a los campamentos sitiadores llegó mucha cebada y harina, pero también hubo de llegar mucho trigo en grano debido a la facilidad y resistencia de este, frente a la harina, en cuestiones relacionadas con el transporte; en este caso se hubo de moler dicho grano para transformarlo en harina y, teniendo en cuenta las circunstancias que se daban en los ríos cercanos a Algeciras, queremos pensar que

dichas instalaciones molineras —aquellas que el rey de Castilla observó “desde el mar”, según el cronista—,²² hubieron de ser utilizadas por los sitiadores.

4. EL TRAMO FINAL DEL CERCO

Antes de continuar con la última etapa del cerco a Algeciras, podemos decir sin riesgo a equivocarnos que el año decisivo en la conquista de la ciudad fue 1343. No es que los cinco meses del año anterior y los tres correspondientes a 1344 careciesen de importancia, pero el tesón mostrado por el rey a lo largo del año citado en primer lugar, a consecuencia de las adversidades, las decisiones tomadas para superar estas y el resultado final de la batalla del río Palmones —al

²¹ Aquí se habla de una “fetua” (sentencia judicial) dada en 1326 sobre un pleito familiar por la propiedad de un molino en el río de la Miel. Las instalaciones en litigio estaban entre otros dos molinos, de lo que se deduce que en aquella fecha podían existir muchos más.

²² Nosotros dudamos que así fuera porque la mayor parte de los molinos sobre el río de la Miel están en el curso alto del mismo y no son visibles desde el mar, aunque es posible que hubiera alguno más cercano a la vega. La información sobre los molinos resulta más factible que la recibiera el rey de manos de aquellos que pisaban el terreno, pero el cronista la atribuye a una visualización directa del monarca.

terminar con la esperanza de una ayuda exterior para los sitiados—, inclinaron abiertamente la balanza del lado de Castilla. Tanto fue así que, gracias a lo anterior, pudo Alfonso XI tomar medidas efectivas para el completo bloqueo de Algeciras por mar en el mes de enero de 1344; una vez conseguido este bloqueo, los algecireños no tardaron en entregar la ciudad acuciados por la falta de alimentos.

Retomando ahora los problemas de avituallamiento que afectaban a los sitiadores, diremos que a principios de 1344 estaban lejos todavía de alcanzar una situación como la habida antes del incendio del real. Impulsado por esta acuciante circunstancia, Alfonso XI tuvo que dirigirse una vez más a Pedro IV —aunque esto no se lee en la *Crónica*— rogándole que no pusiera impedimento al envío de viandas al cerco de Algeciras desde las tierras de Aragón.²³ En la carta en cuestión, fechada el día el 20 de enero 1344 en el real sobre Algeciras, el rey de Castilla ruega a Pedro IV de Aragón que no pusiera “vedamiento a las viandas que fuesen por traer aquí”, al tiempo que le agradecía la ayuda recibida en ocasiones anteriores “por la qual rason avemos avido grant acorro de viandas en este real”.

Le señalaba luego que volvía a rogarle su auxilio en la cuestión del avituallamiento porque había tenido noticias en el real algecireño de que el rey de Aragón había prohibido, con carácter general, que se sacaran provisiones de su reino,²⁴ llegando a impedirse la carga de las mercancías que estaban listas para embarcar, razón por la que le rogaba “que tengades por bien que aquellos que quisieran traer viandas del vuestro senyrio para aquí, a este dicho real, que no le sea puesto embargo en ello...”.

Sin embargo, y a tenor de lo que conocemos, no parece que se produjera la llegada de provisiones desde el reino de Aragón con la rapidez que buscaba Alfonso XI. Y no llegaron porque el día tres de febrero, desde Lérida (ACA, 1378: 147), Pedro escribe a Alfonso XI sin hacer mención a

la carta de este último —lo más probable es que no le hubiera llegado todavía—, diciéndole que los del reino de Valencia se quejaban de la falta de harina en sus tierras y de la carestía de la misma debido a que los mercaderes castellanos habían dejado de vender trigo fuera de Castilla. Según podemos leer en esta última carta, la razón que justificaba las restricciones del monarca aragonés las tenían las medidas del mismo tipo —“el feyto de inhibicion” dice la carta— que el rey castellano había impuesto a sus súbditos para que no vendieran cereales fuera del reino.

Se llegó a esta medida en Castilla debido a las malas cosechas recolectadas en este reino en 1343 —y quizá también en los anteriores (Valdeón Baroque, 1975: 83)—, razón por la que Alfonso XI había prohibido que sacaran provisiones del mismo. Lo que no pudo suponer el rey de Castilla era que tal medida iba a repercutir directamente en el reino de Valencia porque, al parecer, los mercaderes de Castilla vendían en Valencia el trigo que los valencianos llevaban a Algeciras. Interrumpido el circuito comercial por culpa de las órdenes del rey de Castilla, se quejaron los valencianos a Pedro IV, y este le pide a Alfonso XI que anule “la dita vuestra inhibición, e dat licencia que todos los de vuestro regno puedan traer pan al regno de Valencia”. Y no termina aquí la cuestión, pues la carta del monarca aragonés acaba con un contundente: “En otra manera por necessitat havriamos nos asser semblat inhibición que farina ni viandas algunas no vayan al dito real vuestro”.

Realmente no sabemos qué ocurrió luego con el aprovisionamiento procedente del puerto de Valencia, pero no creemos que Alfonso XI levantara las restricciones que había impuesto a la exportación de cereales y ganado fuera de su reino con antelación al inicio del cerco a Algeciras y las mantuvo con posterioridad. Respecto a lo anterior, conviene precisar que tal decisión se había tomado en las Cortes de 1339, en Burgos, siendo ratificada después en el ayuntamiento que se hizo en Sevilla en marzo de 1345, y prohibida

23 Colección de documentos inéditos del Archivo General de la Corona de Aragón. Publicado por Próspero de Bofarull y Mascaró. Barcelona, 1851, tomo VII, documento número 50. Está fechado en el real sobre Algeciras, el día 20 de enero de 1344.

24 En la carta el rey de Castilla dice: “...que [nos] sopieramos que vos fesierades defendimiento que ninguno non sacase vianda fuera del vuestro regno para lo levar a otra parte...”

de nuevo en Burgos en el mes de abril del mismo año (Sánchez Arcilla-Bernal, 1995: 258-270). Por ello, creemos que el rey de Castilla terminó la conquista de Algeciras sin la ayuda de provisiones aragonesas que, al fin y al cabo, procedían de Castilla de acuerdo con lo que acabamos de exponer. ■

5. FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

5.1. Fuentes

- ACA (1342), Archivo de la Corona de Aragón. *Cartas Reales*. 30/3999.
- ACA (1378), Archivo de la Corona de Aragón. *Registro de Cancillería*, folios 147r y v.
- *Colección de documentos inéditos del Archivo General de la Corona de Aragón* (1851). Barcelona: Próspero de Bofarull y Mascaró.
- “Crónica del muy alto et muy católico rey don Alfonso el oncenno” (1953). *Crónicas de los Reyes de Castilla* (I). Biblioteca de Autores Españoles. Madrid: Ediciones Atlas.
- *Diccionario de artes, de manufacturas, de agricultura, de minas, etc.: descripción de todos los procedimientos industriales y fabriles* (1856), Madrid.
- Estado Mayor del Ejército (1980). *Manual de Empleo Táctico y Logístico de la Armas y los Servicios*. Madrid: Servicio Geográfico del Ejército.

5.2. Bibliografía

- Arias Guillén, F. (2012). *Guerra y fortalecimiento del poder regio en Castilla. El reinado de Alfonso XI (1312 - 1350)*. Madrid: CSIC.
- Bachrach, B. S. y D. S. Bachrach (2017). *Warfare in medieval Europe (c. 400–c. 1453)*. Londres y Nueva York.
- López Fernández, M. (2009). “Las cuentas de Aragón y Castilla entre los años 1339 y 1344 por “la guarda” del Estrecho”. *Almoraima. Revista de Estudios Campogibaltareños* (38). Algeciras: Instituto de Estudios Campogibaltareños.

- López Fernández, M. (2010). “Aproximación a las fechas de las batallas navales de Bullones, Guadalmesí y Estepona”. *Aljaranda* (76). Tarifa.
- López Fernández, M. (2018). “Guadalmesí y Palmones; la influencia de dos batallas en la conquista de Algeciras (1342-1343)”. *E-Stratégica* (2).
- Sáez Rodríguez, Á. J. (2001). *Almenaras en el Estrecho de Gibraltar*. Algeciras: Instituto de Estudios Campogibaltareños.
- Sáez Rodríguez, Á. y J. M. Serrano de Casas (2001). “Molinos hidráulicos en el río de la Miel de Algeciras”. *Almoraima. Revista de Estudios Campogibaltareños* (26). Algeciras: Instituto de Estudios Campogibaltareños.
- Sánchez Arcilla-Bernal, J. (1995). *Alfonso XI (1312-1350)*. Palencia: Editorial La Olmeda.
- Torremocha Silva, A. (1994). *Algeciras entre la cristiandad y el islam*. Algeciras: Instituto de Estudios Campogibaltareños.
- Valdeón Baroque, J. (1975). *Los conflictos sociales en el reino de Castilla en los siglos XIV y XV*. Madrid: Editorial Siglo XXI.
- Von Clausewitz, C. (1980). *De la guerra*. Madrid: Ediciones Ejército.

Manuel López Fernández

Doctor en historia, especialista en historia medieval y miembro de la sección primera del IECG

Cómo citar este artículo:

Manuel López Fernández (2019). “*Et avemos mester viandas*. El avituallamiento de los sitiadores de Algeciras entre 1342 y 1344”. *Almoraima. Revista de Estudios Campogibaltareños* (51), diciembre 2019. Algeciras: Instituto de Estudios Campogibaltareños, pp. 35-46
